

IDENTIDADES MASCULINAS CAMPESINAS Y TRANSFORMACIONES AGRARIAS EN COSTA RICA. LOS CASOS DE PURISCAL Y FLORENCIA DE SAN CARLOS

José Daniel Cazanga Solar

I. Introducción

El presente artículo es un producto del Proyecto de Investigación «La Identidad Masculina Campesina en Costa Rica: Una Aproximación a su Dinámica en el Marco de las Transformaciones Agrarias Recientes». Proyecto que realizara el autor en el período 1995-1996 en el marco de su quehacer investigativo dentro de la Escuela de Sociología. Esta investigación ha dado continuidad a otros estudios anteriores, realizados por el suscrito, en torno a las transformaciones agrarias y los impactos de los programas de ajuste estructural en sectores de familias campesinas (Cazanga, 1993) y en particular en mujeres campesinas de las zonas de San Carlos, Puriscal y Península de Osa (Cazanga, 1995). Esta última investigación precedente permitió profundizar en los complejos procesos de reproducción de la unidad familiar, la intensificación del trabajo femenino y la compleja visibilización de la mujer dentro la unidad campesina. Continuando con esa línea de trabajo anterior, en el presente estudio con dos grupos de campesinos de la zona de Florencia de San Carlos y Puriscal, se consideró importante determinar cómo la dinámica en que se han visto comprendidas las unidades familiares campesinas podría estar conllevando en los hombres campesinos un proceso de reconstitución de su identidad de género. Considerando el carácter histórico de las identidades de género, interesó conocer y comprender cómo estos campesinos viven, construyen, se imaginan y se representan su masculinidad, así como las modificaciones que esta podría estar experimentando ante las transformaciones económicas, sociales, políticas y culturales habidas en el ámbito rural y que tienden a modificar los sistemas de interacción, las interrelaciones entre

lo público y lo privado y el marco de recursos y sistemas simbólicos que usualmente han alimentado estas identidades y sus correspondientes representaciones.

Para el desarrollo de la investigación se planteó un proceso de indagación empírica, cualitativa y participativa con grupos de agricultores organizados de Puriscal (Unión de Productores Agrícolas de Puriscal) y de Florencia de San Carlos (Asentamiento ULIMA). En ambos casos se contó con la valiosa colaboración de coordinadores regionales del Centro de Capacitación para el Desarrollo (CECADE).

Dadas las limitaciones de recursos que operaron en el transcurso del proyecto, en primer término se tomó la decisión de realizar la indagación empírica en las regiones de San Carlos y Puriscal, considerando que además de un acceso más fácil ya existía un conocimiento previo de los principales rasgos recientes de su historia agraria regional, del perfil socioproductivo y de las agendas problemáticas respectivas en que se desenvuelven los sectores campesinos con los que se trabajaría.

Particularmente en este caso se diseñó una dinámica de trabajo con agricultores varones de diversas edades que, acorde con las necesidades del estudio, contempló la reflexión colectiva a partir de ciertos insumos testimoniales y un conjunto de temas focalizadores que actuaron como desencadenantes de un proceso introspectivo en los participantes y de socialización de experiencias y referencias locales en cuanto a vivencias y representaciones de su masculinidad. En la zona de Puriscal se contó con la participación de 13 agricultores en el taller y se recolectaron cinco historias de vida con informantes claves. En el Asentamiento ULIMA se contó con la participación de 16 personas en el taller y se recolectaron cuatro

historias de vida con informantes claves. De este modo se buscó establecer lo particular, lo específico y local, así como el desarrollo y la confrontación cotidiana de las experiencias vitales que experimentaban los diversos agricultores en la construcción de su masculinidad. Se ha enfatizado en el reconocimiento de los significados y representaciones particulares que estos agricultores elaboran ante nuevos contextos y modalidades de interacción en la reproducción social de sus vidas.

En el presente artículo, en una primera parte se desarrolla un marco conceptual de referencia sobre la identidad de género masculina en un contexto patriarcal, para luego continuar en segundo término con una descripción de algunos elementos expresivos del entorno sociocultural y de los procesos de modernización que han experimentado las unidades socioeconómicas campesinas particularmente en los ámbitos regionales donde se efectuó la indagación empírica. En una tercera parte se presenta una caracterización de las masculinidades campesinas en el cantón de Puriscal y San Carlos, destacando sus similitudes y particularidades. Finalmente, y a modo de conclusión, se presentan algunas consideraciones finales respecto a la significación de las transformaciones agrarias y las dinámicas identitarias observadas.

II. Algunos rasgos generales de la condición e identidad masculina en el sistema patriarcal

En primer término convendrá ubicar el desarrollo de los contenidos de una identidad de género dentro de complejos procesos de socialización, procesos que se entenderán de acuerdo con Ignacio Martín Baró como «aquellos procesos psicosociales en los que los individuos se desarrollan históricamente como personas y como miembros de una sociedad» (Martín Baró, 1988: 115). La socialización es un proceso histórico, cuyo carácter estará signado por las circunstancias propias de cada situación sociohistórica concreta. En segundo término implica un proceso de desarrollo de la identidad personal. La persona se va configurando en su ser y existir, mediante su desarrollo en y frente a la sociedad como afirmación de su particular individualidad. En tercer término la

socialización se expresa también como un proceso de desarrollo de la identidad social de las personas. La socialización implicará la captación e interiorización de un mundo y el desarrollo de una autoconciencia e identidad personal proyectada en ese mundo, el que se comprenderá como un contexto objetivo material y personal sociocultural. De este modo adquirir un mundo significa formar parte de un contexto y situación sociales, así como la aprehensión individual de ese contexto y situación sociales en forma de estructuras psicológicas. La socialización supone un proceso de elaboración subjetiva de ese mundo por medio del que, en un contexto determinado y dentro de particulares sistemas de interacción, las personas van elaborando esquemas cognoscitivos en virtud de los cuales seleccionan, desechan y procesan información con la que configuran su realidad, su mundo y recuerdos. La identidad es una construcción subjetiva de los sujetos en torno a las experiencias con respecto a su existir y su ser, sean individuos o grupos como síntesis no acabada de su historicidad. Supone un conjunto de significaciones y de referencias simbólicas sobre la relación «ser-existencia» e implica mecanismos de adscripción-identificación que un individuo o grupo establece consigo mismo y con respecto a otro, destacando su mismidad y singularidad, sus diferencias/semelanzas y su pertenencia, como un sistema de referencias establecidas en un proceso de interacción social con una situación de intersubjetividad. La identidad se compone de: a) memoria (consciente o inconsciente), b) experiencia presente y c) imaginario del futuro. Es heterogénea en sus dimensiones constitutivas, ya que contiene elementos descriptivos, interpretativos y tiene componentes sin elaborar. Contiene elementos cognitivos reales, fantasías, creencias, afectividad, aspiraciones y deseos (Lagarde, 1994). La identidad siempre tiene una determinación del mundo en que se nace.

La identidad estará determinada por la producción de lo intersubjetivo en el quehacer humano a través de un modo de vida, de una cultura compuesta por universos simbólicos estructurados por creencias, costumbres, valores, sistemas simbólicos y de comportamiento, además de un sistema político con formas determinadas de distribución y ejercicio del poder.

El mundo se expresa en formaciones socioeconómicas vistas como configuraciones de relaciones asimétricas, económicas, sociales, políticas, culturales y de género que dentro de coordenadas históricas, espacio-temporales determinadas vertebran y articulan la acción social e individual. Dentro de estas formaciones socioeconómicas prevalecen marcos culturales que orientan la acción como sistemas subjetivos (pero no individuales) de estructuras interiorizadas que constituyen esquemas de percepción, de concepción y de acción que se ajustan a una situación, campo o espacio social determinado. Espacios donde se entrecruzan y confrontan intereses y posiciones diferenciadas en torno al acceso y control de recursos económicos, culturales, sociales y simbólicos que constituyen la base de la legitimación de su poder (Giménez, 1994: 56). La identidad constituye una resultante de un complejo contrapunto e interacción dinámica del quehacer del individuo o actor y la dinámica de una sociedad que se expresa en la relación entre una autoidentidad (como experiencia vivida asimilada subjetivamente) y la interacción con los otros (identidad asignada), que supone acciones de interpe-lación, evaluación e influencia desde posiciones de poder o de igualdad.

Desde una perspectiva de género y dentro de las coordenadas de un sistema de género patriarcal, un contenido fundamental del proceso de socialización lo constituye el aprendizaje y la conformación de una identidad de género conforme las coordenadas particulares de interacción entre masculinidad-femineidad que en él prevalecen¹. El sistema patriarcal en particular, se caracteriza como un sistema político de género en que

1. Un contenido fundamental del proceso de socialización lo constituye el aprendizaje y la conformación de una identidad de género conforme las coordenadas particulares de interacción entre masculinidad-femineidad prevalecientes en una sociedad determinada. Esto remite a un sistema de género determinado, el que puede ser entendido como una compleja forma de organización social y de la cultura, históricamente construida, basada en el hecho fundamental de la identificación de una característica universal, como son los rasgos sexuales de las personas, a las que se les otorga un significado simbólico y un conjunto de asignaciones, cualidades atribuidas socialmente a las características sexuales. Los sistemas de género serían: «conjuntos de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales que las sociedades elaboran a partir de la diferencia sexual anátomo-fisiológica y que dan sentido a la satisfacción de los impulsos sexuales, a la reproducción de la especie humana y en general al relacionamiento entre las personas» (De Barbieri, 1992: 114).

se genera poder, se reproduce poder y se expropia poder (Lagarde, 1994). Este sistema patriarcal constituye la alienación y subalternidad de la mujer, así como su expropiación tanto en su subjetividad y corporeidad frente a la masculinidad, como ser para otros; ser de los otros y ser en los otros. Implica un sistema relacional asimétrico de dominación que determina de modo contradictorio las relaciones y acceso desigual de hombres y mujeres a oportunidades, capacidades y derechos. Particularmente destaca Lagarde que en un marco sociocultural patriarcal la condición masculina es fundante, en la cual la sexualidad es central en la definición identitaria masculina. La identidad sexual como «habitus» genérico supone la interiorización de un deber ser asociado a una condición de género que derivaría de un ordenamiento natural («así se nace, así se debe ser») (Lagarde, 1992: 16). Asimismo al género masculino lo define el monopolio de bienes significativos, el cual es un poder expropiatorio regido por reglas.

El poder de dominio del género masculino implica que el dominio es un atributo masculino, que supone la capacidad o posibilidad de controlar a otros para imponerles el sentido de la vida. Implica la capacidad de dirigir a otros en su acción que ya tiene sentido. Supone la disposición de ciertas capacidades tales como las de controlar, vigilar, imponer, castigar a otros, premiar, perdonar. Lo anterior se proyecta en el orden patriarcal, en el orden de clase y en todos los órdenes donde se domina. De acuerdo con Lagarde el sujeto patriarcal tiene la posibilidad desde la perspectiva de género de: Ser para sí, en este caso la referencia del sujeto es a sí mismo. Para quién se vive que remitiría al sentido de quién se es; Ser en sí, se realiza en lo que es de sí mismo; Ser de sí, de pertenecerse a sí mismo (Lagarde, 1992: 17).

El sistema patriarcal es riguroso e intolerante con las posibilidades de lo que los hombres pueden ser. Hay un deber ser que resulta poco modificable y que se expresa en una condición de género masculino asociada a un conjunto de representaciones y prácticas que se consideran aceptables. Se deben reconocer dos niveles de la identidad masculina: la autoidentidad e identidad asignada. Los hombres tienen una autoidentidad que es una referencia de sí mismo. La identidad asignada se constituye como estereotipo de ser

hombre construido socialmente. Los hombres deben actuar, deben esforzarse para ser hombres y además demostrar que son hombres. La identidad masculina se fundamenta en ser el sujeto humano del mundo. Los hombres tienen identidad de género masculino que no agota lo humano. No obstante, generalmente lo humano es sinónimo de hombre, lo que se ve de modo natural. Los hombres tienen la necesidad identitaria tanto material como simbólica de ser actores o sujetos reconocidos por los otros como seres activos y creativos en aquellos espacios que forman parte del mundo. Asimismo, se plantean como dueños de espacios simbólicos. Ser hombre es personificar el poder. El mismo se erige en un factor constitutivo de la identidad masculina. De acuerdo con lo anterior, la identidad masculina es producto de la condición de género masculino junto a las demás determinaciones históricas (clase social, etnia, etc.) que se proyectan sobre los hombres.

El desarrollo de la masculinidad como proceso existencial en un contexto sociocultural implica un modo de concebir y de experimentar esta condición de género y pone en juego factores psicológicos, sociales y culturales que van más allá de una determinación genética. Está culturalmente definida de acuerdo con un estereotipo de masculinidad según el mundo sociocultural. La masculinidad en los diversos contextos culturales reviste estereotipos referidos a la forma aceptable de ser un varón adulto en una sociedad concreta.

La autoidentidad contemplará un llegar a ser, de acuerdo con un deber ser y debe corresponder con el estereotipo de ser hombre en un contexto sociohistórico determinado. Esto implica un proceso de elaboración que los hombres desarrollan en su existencia con respecto a su quehacer y respecto a referentes socializados, así como en relación con otros con quienes interactúa. Un elemento significativo y que han destacado diversos autores es la distinción entre masculinidad y



virilidad u hombría. Badinter ha destacado como el imperativo y exhorto prevaleciente en las diversas sociedades «sé un hombre» está denotando que no es tan fácil serlo y que la virilidad no es un proceso natural (Badinter, 1993: 18). En este sentido es importante considerar la observación que hace Gilmore respecto al hecho de que para numerosas culturas y personas el estado «hombre de verdad» es considerado un estado incierto y precario que debe ser alcanzado por muchos esfuerzos y pruebas, social y culturalmente instituidos (Gilmore, 1994: 15). A los hombres se les asigna el ejercicio del poder como dominio. El ciclo de vida de los hombres visto como los

procesos de crecimiento y maduración tienen como contenido el desarrollo de su capacidad de empoderamiento. Es precisamente esta cualidad la que socioculturalmente cristaliza en una configuración simbólica de hombría o virilidad. Esto es, qué afectos, qué sistemas simbólicos desarrollan, qué pensamiento despliegan, cómo desarrollan rasgos de la subjetividad más amplios. Los hombres tienen el deber de ser poderosos. Al respecto Gilmore se pregunta por ese arquetipo o estructura profunda común, que subyace a las más diversas configuraciones socioculturales respecto a la dinámica de la masculinidad, como un «llegar a ser» a través de un camino sembrado de obstáculos, sacrificios y pruebas, cuya superación y demostración constituyen la esencia de los quehaceres masculinos. El poder en la identidad tiende a expresarse en el machismo cuando implica el poder de dominar a otros con una demostración y exhibición particular. El machismo se debe entender como «una serie de conductas, actitudes y valores que se caracterizan fundamentalmente por una autoafirmación sistemática y reiterada de la masculinidad mediante la exaltación de la violencia, la virilidad o potencia sexual en menoscabo de la constitución, personalidad y esencia femenina» (Lugo, 1985: 41).

III. Contextualización sociocultural de la dinámica identitaria campesina

Transformaciones agrarias y la dinámica del campesinado en Costa Rica. Tendencias generales

Las transformaciones experimentadas por el sistema económico mundial han implicado desde mediados de la década de los 80, el despliegue en el ámbito nacional de un sostenido proceso de reestructuración económica y de transformación del Estado con miras a la apertura económica. Se ha venido avanzando en la consolidación y ampliación de una economía de mercado, buscando diversificar sus estructuras productivas exportadoras, propiciar la apertura comercial y financiera hacia el exterior, la desregulación de mercados, la reforma y modernización del Estado, así como la reorganización y modernización de la gestión del sector empresarial privado para asumir un papel más eficiente y efectivo. Tales iniciativas se constituyeron en última instancia en catalizadores de un proceso más amplio y profundo de recomposición de la estructura o matriz sociopolítica de la sociedad costarricense².

En particular el sector agropecuario ha sido escenario de diversos esfuerzos de promoción para la reconversión y diversificación en el plano de la producción con miras a la exportación de bienes «no tradicionales». Junto a la dinamización de un sector agroexportador no tradicional, tales ajustes han incidido en un proceso recesivo experimentado por los sectores productivos agropecuarios, especialmente pequeños y medianos productores campesinos, vinculados al mercado interno y que tropiezan con dificultades para desa-

rollar los procesos de modernización y reconversión productiva.

El significado de los procesos de transformación agraria en los sectores campesinos

Organización y movilización sociales

Con las transformaciones experimentadas en el agro, han emergido significativas estrategias de sobrevivencia y procesos de movilización, tanto en un plano individual como colectivo, por parte de los sectores campesinos, para enfrentar los efectos desestabilizadores de las políticas de apertura y liberalización. Durante este período, los pequeños y medianos productores han tratado de desarrollar formas más participativas de organización, con autonomía de los partidos políticos y del Estado. El panorama organizacional y el carácter de las organizaciones han sufrido profundos cambios respecto de su fisonomía de décadas anteriores.

Un plano significativo del quehacer de estas organizaciones y acorde con el carácter de estos actores sociales ha sido el ámbito de la negociación, la discusión y el debate técnico y político, tanto en el plano regional como nacional, procurando una mayor participación y acceso a recursos y apoyos para su modernización tecnológica y la gestión autónoma de proyectos. La experiencia de las movilizaciones campesinas se ha articulado en torno a demandas que han buscado superar su desplazamiento, reclamando su derecho a la participación económica y política. Estas demandas no se han estructurado exclusivamente en torno a la tierra sino que han abarcado aquellas reivindicaciones propias de la producción familiar, como el acceso al crédito y a los servicios estatales, tasas de interés favorables, acceso a los insumos importados, seguridad social, disminución de los costos de producción en sus actividades, mecanismos adecuados para la comercialización de sus productos y una mayor participación en la formulación de las políticas desplegadas en el sector. Otras dimensiones de estas reivindicaciones han estado relacionadas con los derechos y las obligaciones que definen su participación en la comunidad nacional, atendiendo sus diferencias internas como sector social, reconsiderando sus realidades locales y regionales, económico-productivas, de género, étnicas, sociales.

2. Esta noción propuesta por Garretón y Espinoza en su trabajo **¿Reforma del Estado o Cambio en la Matriz Sociopolítica?**, es retomada por Jorge Mora en su trabajo **Costa Rica: Economic Aperture and Changes in the Electorate Options and in the Political Representation of Rural Family Householders**. XIII World Congress Of Sociology. Germany. July. 1994. Poligraf. Pág. 23. Tales autores consideran que esto ha implicado la redefinición de las relaciones entre el Estado y la sociedad civil, redefiniéndose la matriz clásica caracterizada por estar asociada al modelo de desarrollo hacia adentro y a lo que se denominó como Estado de compromiso, sustentado en un papel interventor del Estado no sólo en la economía sino en su papel como organizador social y político. Con el desarrollo de los procesos de reactivación y apertura han tendido a redefinirse los sistemas de representación, legitimación y mediación, así como los sustratos socioeconómicos y culturales que vertebran las identidades y perfil de los actores sociales

Diferenciación regional

La participación de las pequeñas y medianas unidades productivas campesinas dentro de las iniciativas de diversificación orientadas a la producción agrícola «no tradicional» para la exportación ha sido limitada, reduciéndose a ciertas zonas que cuentan con condiciones agroecológicas especiales, que disponen de localización favorable para el transporte y embarque internacional y que han contado con la concentración de estímulos y redes de servicios públicos y privados para la promoción y comercialización de estos nuevos productos. Las zonas de San Carlos y Puriscal, donde se efectuó el estudio, han sido expresivas de diversas trayectorias regionales en este proceso de transformación. El cantón de San Carlos ubicado al norte del valle central, si bien tradicionalmente había mostrado una significativa presencia de unidades campesinas en su estructura agraria regional, en los últimos años con los intensos procesos de modernización y acumulación promovidos con apoyo estatal, ha experimentado la transformación y diversificación productivas, la incursión de capitales agroindustriales, financieros y comerciales, así como una disminución del sector campesino en detrimento de un avance de las unidades empresariales.

Los estudios anteriores realizados en la región evidenciaron que en el marco de los programas de ajuste estructural, se habían producido transformaciones de los sistemas de cultivo, orientándose principalmente hacia cultivos no tradicionales de exportación (raíces y tubérculos, frutas y hortalizas) y tendía a crecer el porcentaje de familias dependientes o vinculadas a la exportación, en especial de productos no tradicionales. Estos grupos familiares tendían a tener ingresos promedios mayores que los del resto de las familias pobres agropecuarias.

El cantón de Puriscal ubicado al suroeste de San José, se ha caracterizado como un ámbito con predominio de actividades agrícolas y pecuarias desarrolladas en un paisaje determinado, principalmente por un perfil montañoso con laderas de fuerte pendiente, con terrenos que tienen facilidad de deslizamientos en algunas áreas, hasta otras de perfil ondulado en las cumbres con valles de laderas de fuerte pendiente. Esta zona exhibía un

perfil productivo centrado en cultivos comerciales de tipo tradicional como son la producción de café y la producción de tabaco, articuladas a la producción en menor escala de granos básicos, cacao, caña, pastos y otras actividades. A diferencia de San Carlos, en esta zona se ha observado una relativa continuidad en los sistemas productivos regionales, junto a la búsqueda de nuevas opciones productivas más rentables. Se ha venido presentando un panorama de diversificación más lento, además se vienen sufriendo tropiezos sobre todo con limitaciones de orden agroecológico y ambiental, dado el alto grado de deterioro de suelos por erosión que dificulta cualquier proceso de diversificación sobre todo para la pequeña unidad productiva que tiene pocos recursos de inversión. En el marco de los estudios precedentes realizados con grupos de campesinos y campesinas de Puriscal, estos han sido muy claros en señalar una situación de descenso de sus ingresos, así como un alza en el costo de la vida. Esto en el contexto del deterioro de los precios internacionales del café, las dificultades crecientes para la comercialización del tabaco y un lento y accidentado proceso de diversificación agrícola. En particular para la producción de raíces y tubérculos que se había venido promoviendo se señalaron muchos fracasos, debido a la falta de apoyo en los procesos de comercialización y la débil asistencia técnica. Se percibía una relativa retracción de la actividad agrícola sobre todo en las pequeñas unidades productivas, lo que conllevaba una relativa reducción de las labores agrícolas con la consiguiente reducción del empleo agrícola y del ingreso familiar.

Diferenciación social y dinámicas de género en las unidades familiares campesinas

Los campesinos han experimentado un complejo proceso de diferenciación socioeconómica acorde con las posibilidades o dificultades para modernizar y transformar sus sistemas de producción. Se ha venido verificando un proceso de polarización social donde cada vez más la pobreza, la postración y exclusión parecen constituirse en el horizonte indefectible para aquellos sectores campesinos que no logran incorporarse en estos procesos de modernización, ya sea por contar con recursos insuficientes o por enfrentar dificultades

referidas al financiamiento, la capacitación, la comercialización y la formulación e implementación de estrategias productivas sostenibles en entornos agroecológicos altamente deteriorados o de frágil equilibrio ecosistémico. Las dificultades y el deterioro en las condiciones de vida, la reestructuración de los procesos económicos y la mayor exposición de estas economías a mercados cada vez más competitivos, la disminución de instrumentos de promoción y de protección a la producción agropecuaria de corte campesino volcada al mercado interno, así como la reducción de la cobertura en las políticas y programas sociales han incidido en las nuevas tensiones que vienen enfrentando las unidades socioeconómicas campesinas. Estas en particular han tendido a afectar significativamente y de modo diferenciado a las mujeres campesinas. Ha sido evidente la emergencia y visibilización de la familia y en particular de las mujeres campesinas en la conformación de estrategias de sobrevivencia y de adaptación a estas transformaciones socioeconómicas e institucionales. En las regiones de San Carlos y Puriscal se identificaron modalidades de estrategias de reproducción campesina que contemplan la intensificación de la jornada laboral de las mujeres, que llega a adquirir un carácter multidimensional donde las mujeres asumen, con mayor tensión, responsabilidades en el trabajo productivo dentro y fuera de la parcela, en el trabajo reproductivo familiar y en actividades de negociación y gestión reproductiva a nivel comunal. En la gestión productiva, la intensificación del trabajo femenino ha estado asociada, por un lado, a la denominada «feminización de la pobreza» a través de diversas combinaciones laborales y de estrategias de obtención de ingresos dentro y fuera de la unidad familiar. Por otro lado, ha estado vinculada a procesos de intensificación y modernización «riesgosa», que unidades familiares con una mayor posibilidad y disposición de recursos han estado dispuestas a desplegar. En lo fundamental estos procesos de incursión laboral de la mujer, sobre todo aquellos que no posibilitan una mayor autonomía en las mujeres o que no cuestionan los cánones patriarcales, no son seguidos de un proceso de valorización económica ni de reconocimiento social adecuado de las mujeres, aunque sí propician un proceso de visibilización crítica de su condición y posición.

Estos mayores niveles de intensificación del trabajo femenino, permiten enfrentar con ciertas ventajas comparativas las condiciones más duras de un mercado, que si bien puede ser más favorable resulta más competitivo y desconocido, en condiciones de una menor disposición y un acceso restringido a recursos financieros y tecnológicos. La base de esta intensificación se sustenta en una capacidad histórica y culturalmente construidas de autoexplotación femenina que se verifica y sustenta en una corporeidad e identidad construidas subordinadamente a partir de una relación de poder de género. Se podría suponer que las restricciones de acceso y disposición de recursos que se experimenta en estas unidades productivas para la contratación de fuerza de trabajo extrafamiliar, así como para la inversión en algunos componentes tecnológicos, encuentran una alternativa en la familia y en particular en el trabajo de las mujeres vistas como madres/esposas, compañeras o hijas. Ante la situación de mayor incertidumbre en el mercado, en condiciones de menor disposición de recursos, el trabajo de la mujer se constituye en un factor clave para entender el funcionamiento y la resistencia de la familia campesina.

IV. Las identidades masculinas campesinas en Puriscal y San Carlos

4.1 ¿Quiénes son los campesinos de Puriscal y del Asentamiento ULIMA de Florencia de San Carlos?

Percepciones definitorias en la identidad presente

Acorde con las determinaciones teóricas planteadas anteriormente, resultó importante comprender en sus autodefiniciones identitarias, el sentido y la delimitación que establecen los campesinos de sus procesos de empoderamiento. Es decir, establecer de qué poderes reales o simbólicos disponen, cómo los ejercen y en qué dimensión del mundo los disponen y ejercen (Cazés, 1996). Es importante comenzar por señalar que tanto para el grupo de campesinos de Puriscal como del Asentamiento ULIMA de Florencia de San Carlos, sus dinámicas identitarias se viven como procesos contradictorios cruzados por significativas tensiones entre sus fantasías, deseos y

hechos reales respecto de su ser y existir, así como resultados del contrapunto entre sus experiencias vividas (elaboradas subjetivamente) y las identidades asignadas, que en el marco de un complejo tejido social, definen un conjunto de agentes sociales sobre estos individuos como marcos de referencia dinámicos.

Significación del trabajo agrícola y de su interacción con la naturaleza en el ámbito rural

Entre los campesinos de ambas comunidades se puede destacar en primer lugar una autodefinición de sí mismos como agricultores con ambiciones, con deseos de superación, que luchan por vivir y por mejorar las condiciones de vida de su familia y la suya propia.

En la definición de sí mismos que hacen estos hombres campesinos, sobresale la significación del trabajo agrícola que despliegan. Subyace la conciencia de hacedores y creadores que deben confrontar fuerzas y eventos prevalecientes tanto en un orden social como en un orden natural. Fuerzas ante las cuales ellos consideran que han debido aprender y demostrar su condición de hombres adaptándose o adaptándolas a sus iniciativas, con el fin de sobrevivir.

El hecho de que los participantes hayan destacado los ejes centrales de su hacer y existir como agricultores, además de subrayar su significación de proveedor o sostén de la familia resulta importante de destacar, ya que, por un lado, resaltan un referente significativo de la condición masculina campesina cual es su trabajo agrícola y el uso y dominio que ejercen sobre una porción de la naturaleza y los procesos intrínsecos que esta desarrolla. Su trabajo generalmente se percibe y sustenta en el despliegue de trabajo manual directo, que supone el gasto de energía física en la agricultura, lo que plantea una visión de sí mismos y de su poder muy asociada a las condiciones de fortaleza física, al estado de salud y edad. En el desempeño laboral o el despliegue de su capacidad de trabajo, los hombres campesinos tanto de Puriscal como los del Asentamiento ULIMA consideran particularmente su edad y su salud, aspectos estos que se constituyen en dos mediaciones importantes del trabajo como factor masculino a nivel rural.

El trabajo como tal es expresión de un rasgo básico de la condición genérica masculina campesina. Representa la condición material y simbólica de crear. Para el hombre campesino, en medio de un marco complejo de relaciones patriarcales y familiares que conllevan la legitimación para disponer y movilizar la capacidad productiva de los otros miembros de su familia, su trabajo aparece como un vector significativo de las relaciones de poder, donde a través del desempeño, ejercicio y desarrollo de sus capacidades y habilidades, aparece como organizador de su ser y existencia con su familia, asentado en un entorno natural humanizado. Este entorno natural representado por la parcela se constituye en un referente existencial significativo del ser y la existencia campesina.

Es importante subrayar que en individuos de ambos grupos había una conciencia más o menos lúcida de que el medio ambiente y los recursos naturales sobre los que históricamente han ejercido su capacidad de trabajo, han tenido una historia y trayectoria vitales de desgaste que han corrido paralelas a su vida como campesinos y que visualizan como una suerte de desgaste y envejecimiento simultáneos al de su condición física personal.

Sea bajo las más complejas relaciones sociales (en particular las de parentesco) y dentro de los más diversos cuadros de necesidades que hayan mediado en la motivación y las circunstancias para que en distintas etapas de sus vidas hayan desplegado su capacidad laboral, para estos campesinos (ya estuvieran enmarcados en relaciones asalariadas bajo la tutela de un patrono, el trabajo familiar bajo la tutela del padre, o el trabajo independiente por cuenta propia) el aprendizaje del trabajo agrícola, con toda la fenomenología sociocultural asociada, ha llegado a devenir simbólicamente en un escenario particular de elaboración y demostración del aprendizaje de género y de empoderamiento masculino, así como de inserción social. Proceso que se ha orientado conforme a un estereotipo más o menos común de hombre, propio de una condición masculina en un contexto patriarcal rural y que ha estado definido a partir de atributos como luchador, sacrificado, proveedor, padre y jefe de familia.

En particular los campesinos de Puriscal enfatizaron su condición de agricultores y de habitantes rurales frente a la gente que vive en el medio

urbano, destacándose quizás en esta alteridad referencial, la dimensión espacial regional precisamente en una zona muy cercana a la zona metropolitana de San José. Subyace la percepción de sí mismos como hombres dentro de un entorno rural donde se vive en el marco de relaciones más directas y de respeto a las personas, frente a las condiciones de anonimato, inseguridad y despersonalización de las relaciones en el contexto urbano.

La unidad socioeconómica familiar y el entorno comunal

Los hombres campesinos desarrollan las condiciones de su masculinidad desde el marco sociocultural propio de las vivencias y experiencias desplegadas en la unidad socioeconómica familiar campesina. Entidades que a su vez se proyectan insertas significativamente en un entorno comunal determinado.

La unidad socioeconómica familiar campesina se debe considerar como un grupo de personas directamente ligadas por nexos de parentesco articulados en torno a un sistema de relaciones sexo/género que desarrollan funciones reproductivas, así como funciones de producción y consumo de bienes materiales y culturales, insertas en un contexto ambiental local y regional, donde la gestión, el control de la producción y las decisiones de distribución y consumo, así como la organización del trabajo quedan determinadas en el contexto de los sistemas sociales y de géneros prevalecientes. En particular la familia campesina se constituye en un espacio de relaciones de parentesco y de género sobre un patrimonio fundamental que es una determinada posesión de tierra expresada en una determinada explotación agrícola.

Desde esta unidad fundante como es la familia, los hombres campesinos interactúan a través de una compleja red de relaciones (económicas, tecnológicas, sociales, políticas, culturales) con el mercado, el Estado y otros grupos sociales en espacios sociogeográficos que atraviesan la comunidad, lo regional y nacional y que incluso se proyectan en el plano mundial.

La unidad socioeconómica familiar asentada sobre el control y la disposición de una porción

de superficie de suelo se constituye en su cotidianidad, en un punto de referencia fijo y estable del campesino de la cual este sale y a la que llega en su quehacer cotidiano, en este proceso de reproducción de su particularidad. Se erige en lo conocido y habitual, determinado e inserto en un paisaje físico, sociocultural rural y en una historia colectiva local, tejida por una red de relaciones sociales y culturales que generalmente se viven como relaciones interpersonales de carácter primario. El referente familiar se articula a la significación que reviste la condición intrínseca de la unidad familiar campesina, vista como una entidad familiar de producción y consumo.

Históricamente, en un marco patriarcal, el hombre se ha erigido como una figura revestida de autoridad con poder legítimo para decidir, organizar y administrar dentro de la unidad socioeconómica sus recursos tales como su propia fuerza de trabajo y la de su familia (esposa, hijos e hijas y otros familiares y allegados), la tierra, los vegetales, animales, instrumentos, conocimientos y recursos simbólicos.

Un atributo importante en la definición identitaria masculina de estos campesinos ha sido su condición de jefatura, la que se ha sustentado en un conjunto de capacidades reales o imaginarias tales como su capacidad de recompensa, de coacción, de prescripción de conductas, de constitución referencial aceptable, de competencia, etc. Junto a lo anterior ha sido importante su papel protagónico en la orientación y el control del uso de los recursos familiares. Estos campesinos se autodefinieron como hombres que luchaban por vivir y para mantener su familia. Se visualizaban además como proveedores, como cuidadores y como responsables por otras personas. De las observaciones realizadas se ha constatado cómo la familia ha sido un elemento central en la constitución de la identidad masculina campesina, así como una fase esencial en la conformación de su integridad personal y reafirmación de su autonomía y autoimagen. En particular con los campesinos de Puriscal, con una trayectoria más definida de pequeños productores independientes, se percibió una visión de sí mismos más autónoma como gestores, organizadores y administradores del quehacer socioeconómico de la unidad familiar.

Históricamente estos hombres (sobre todo

los campesinos mayores) habían experimentado un proceso de socialización en el marco de un sistema de valores y de pautas de comportamiento patriarcal más tradicionalista, que había condicionado una concepción más arcaica de la distinción entre los papeles femeninos y los masculinos. Esto se evidenciaba según lo reconocieron ellos mismos, en una relativa invisibilización del trabajo de las mujeres en el quehacer de la unidad familiar, así como en una actitud autoritaria por parte de ellos en el seno de la familia. Respecto de los campesinos parceleros del Asentamiento ULIMA, dada su trayectoria reciente como exjornaleros, se observó una mayor experiencia, una memoria reciente y una mayor conciencia del trabajo compartido entre hombres y mujeres (con sus madres y hermanas en un primer momento y posteriormente con sus esposas o compañeras) dentro de estrategias de sobrevivencia de núcleos familiares pobres, tanto dentro como fuera de la parcela familiar. En esta medida tendía a aflorar en sus percepciones una mayor comprensión y reconocimiento de la labor de la mujer.

Asociado a este espacio familiar, está también la comunidad o el espacio local, como ámbito del quehacer cotidiano del hombre campesino. El ámbito comunal de acuerdo con lo observado constituía un referente significativo para los campesinos (especialmente para los agricultores de Puriscal), quienes se definían como hombres con una preocupación y responsabilidad frente a los problemas que vive la comunidad.

En general, el referente comunal y regional en la definición de sí mismos fue importante para aquellos campesinos (fueran de Puriscal o del Asentamiento ULIMA) que habían tenido una mayor trayectoria de residencia en la comunidad, así como una experiencia de líderes y miembros de organizaciones campesinas y comunales en la zona. Teniendo presente las particularidades agrarias ya descritas de Puriscal y Florencia de San Carlos, subyace en ambos casos el referente de comunidad estructurada a partir de un patrón de explotación y uso del medio ecológico (con conflictos ambientales específicas), constituye un paisaje rural determinado sobre el cual la población ha vivido y experimentado una historia común, tejiendo un cuadro complejo de relaciones significativas en los planos económico, social,

político y cultural. En el contexto de las nuevas incertidumbres y dificultades de sobrevivencia se apreciaron, por un lado, tendencias desintegradoras como la venta de parcelas y migración creciente a la ciudad por parte de familias campesinas más empobrecidas. Por otro lado y a pesar de dificultades organizativas constatadas, se apreció el desarrollo de estrategias que incluyen el reforzamiento de redes comunales de cooperación como el trabajo a medias, por ejemplo, y el desarrollo de esfuerzos colectivos tendientes a reclamar mejores condiciones de vida, así como la entrega participativa de servicios y ayudas que el Estado u otros organismos de cooperación canalizan.

La condición social

Como ya se vio los hombres campesinos tienden a definir, a partir de su quehacer como agricultor mediado por las relaciones familiares y la posesión de sus medios de producción, los referentes centrales de su ser y existir. Asociada a esta autodefinición, precisaban atributos de carácter social como los de considerarse «pequeños o medianos productores». En general, también ha sido importante su autodefinición de hombres «hútiles», que normalmente no conocen ni hacen uso de sus derechos. En general, su percepción de pertenencia a un grupo social de pequeños productores resulta significativa y complementaria de su condición masculina.

En particular, la identificación de género de los agricultores de Puriscal corre estrechamente asociada a su condición socioeconómica y cultural de pequeño o mediano agricultor campesino independiente, sobre la base del control que ejercen como propietarios sobre una parcela o finca. La posesión de una porción de superficie de tierra, sin duda constituye un factor de control sobre la naturaleza y la familia, así como de reafirmación y valoración sociales.

Conviene aclarar que especialmente los agricultores de Puriscal prefieren autodefinirse como pequeños productores agrícolas, antes que definirse como campesinos que en su contexto sociocultural tiene connotaciones de descalificación social.

En el caso de los parceleros del Asentamiento ULIMA, también fue importante en la definición

de sí mismos, su condición de parceleros en la medida que recientemente han sido objeto de programas de distribución de tierras y, por lo tanto, han vivido un proceso reciente de cambio socioeconómico desde una situación anterior de exjornaleros agrícolas. Sin duda, tal evento ha revestido una gran importancia en la revaloración de su condición masculina en estos campesinos, situación que conceptúan como un logro significativo en su vida.

Junto a la referencia de su condición de clase, se señalaron además dos aspectos que resultaron complementarios y contradictorios en la definición identitaria masculina en ambos grupos de campesinos. Por un lado, está la autopercepción de sí mismos como parte de un grupo que resulta importante para la sociedad, en la medida que dan un aporte fundamental a la economía nacional como productores. No obstante, por otro lado, estaba la percepción de su subalternidad económica, social y política cuando se identifican a sí mismos como individuos humildes y pobres, que forman parte de un grupo social débil, que no hace uso de sus derechos y que enfrentan grandes problemas para sobrevivir además de que evidencian una actitud conformista, individualista y pasiva.

Al respecto fue sintomático el comentario de verse a sí mismos como un «grupo domesticado» que, por un lado, tiende a ser manipulado por la acción de los medios de comunicación, así como en particular por políticos y funcionarios de instituciones públicas y organismos privados, lo que ha contribuido a que, según lo plantearon, ellos tiendan a convertirse en personas muy desconfiadas. Es evidente que su condición masculina y los poderes de género que detentan, se ven mediatisados a partir de esta posición social subalterna y las representaciones de la misma que construyen dentro del marco de relaciones que mantienen con el Estado y otras clases sociales.

Percepción de cambios

Cabe destacar que en ambos grupos, la definición de su ser y existir se proyectaba en un referente temporal, el presente, el que se les plantea como un escenario inestable, transicional que perciben en términos de cambios positivos y

negativos. En una retrospectiva histórica de largo plazo principalmente los hombres campesinos de mayor edad de Puriscal, reconocían y evaluaban en forma positiva un proceso de transformación y mejoramiento en las condiciones de vida en Puriscal y que se expresaba en el desarrollo de una amplia red de servicios e infraestructura pública y que se había constituido en la expresión más o menos cotidiana de la gestión articuladora y modernizadora de un Estado de Bienestar. Sin embargo, en términos más coyunturales, los campesinos de Puriscal identificaban y evaluaban negativamente una situación actual de inestabilidad, que perciben asociada a los procesos de liberalización económica y reestructuración del Estado, en la medida que consideraban que esto implicaba un endurecimiento de las condiciones para producir y comercializar sus productos y, por ende, para sobrevivir como campesinos con sus familias.

En el caso de los campesinos parceleros del Asentamiento ULIMA, su percepción del presente ha estado matizada reveladoramente por el cambio que han experimentado en su posición social, en que han pasado desde una anterior situación de jornaleros agrícolas sin tierra, a una nueva situación de parceleros beneficiarios de un programa de distribución de parcelas por parte del Instituto de Desarrollo Agrario (IDA). Fue evidente un sentimiento mayoritario entre estos parceleros de logro y mejoría en su condición socioeconómica. Sin embargo, el sentimiento de inestabilidad que pudiera haber acompañado su anterior condición de jornalero agrícola pareciera no haberse cancelado del todo en esta nueva situación, sino más bien se ha redefinido en nuevos términos a partir de su nueva posición de productor independiente, que debe hacer frente a nuevas dificultades como productores frente a un entorno económico-institucional que se presenta también cambiante y desconocido. Este entorno para muchos de ellos resulta relativamente incierto en términos de verse ahora como gestores y conductores responsables de un proceso socioproductivo que es el eje de su propia sobrevivencia familiar. Tal situación de incertidumbre se reforzaba ante la situación de una débil base organizativa en el asentamiento, aunadas a significativas disensiones internas que exhibía este grupo de parceleros y que les obstaculizaba el desarrollo de capacidades y aptitudes para

enfrentar sus nuevos desafíos como productores independientes.

Desde un punto de vista social ante la apertura económica y la reestructuración del Estado que ha venido implicando nuevas formas de interrelación y sentidos, estos campesinos percibían que no obstante que se abrían nuevas perspectivas para su desarrollo, su posición social se ha venido haciendo más inestable cuando no se ha deteriorado tanto material como simbólicamente.

Otra dimensión de esta inestabilidad y que se percibe también como expresión de una situación cambiante negativa, es el avance de la extrema artificialización y degradación del medio ambiente, situación que resultaba más crítica para los hombres campesinos de Puriscal donde, como se ha visto, la agenda de problemas ambientales regionales resulta crítica con la deforestación, erosión y degradación de suelos y cuencas hidrográficas.

La inestabilidad también se visualiza en la dinámica de las relaciones familiares y las relaciones intergeneracionales dentro de la misma. Se percibe, por parte de los campesinos adultos, un deterioro del espacio familiar como ámbito vertebrador de su condición campesina. Esto en la medida que los hombres campesinos perciben sobre todo en las actuales relaciones padre-hijo, la tendencia a constituirse en relaciones conflictuadas donde les resulta muy difícil controlar o ejercer su capacidad de dominio, de guía, tutor y disciplinador de los hijos en el trabajo dentro de la parcela frente a otros espacios de socialización como la escuela, la vida comuna! y los medios de comunicación, que irradian otras expectativas y presentan a las nuevas generaciones otras posibilidades. En este sentido tendía a calificarse dentro de una visión pesimista a los jóvenes, señalando que estos ahora «ya no quieren trabajar». No obstante, es necesario comprender que en el marco de los procesos de modernización a que ha estado sometido el mundo rural, particularmente la juventud de los hogares campesinos ha tenido oportunidades para identificar y percibir otros referentes y expectativas y para desplegar otros patrones de comportamiento distintos a los que tuvieron sus padres y abuelos. Tal situación constituye otro elemento concurrente en la desvalorización creciente de la imagen del campesinado y que se

asocia al deterioro de las condiciones de la vida rural.

4.2 *¿Cómo han sido los campesinos de Puriscal y del Asentamiento ULIMA de Florencia de San Carlos?*

Es importante destacar cómo en las experiencias identitarias masculinas campesinas, desde sus primeras etapas vitales, la definición de su singularidad, su sentido de pertenencia y de diferencia frente a los otros han estado estrechamente asociadas al marco sociocultural de su entorno familiar.

En este sentido convendrá destacar algunas particularidades observadas en las experiencias vitales narradas por hombres campesinos nacidos en el seno de hogares campesinos independientes y que principalmente se reconocieron en la región de Puriscal y campesinos parceleros



nacidos en hogares campesinos pobres o de jornaleros agrícolas, situación planteada por los parceleros estudiados en el Asentamiento ULIMA de Florencia de San Carlos.

En el marco de la vida familiar, de las relaciones de parentesco y de género presentes en su interior se observaron dos niveles de variación en el comportamiento y las actitudes de los hombres campesinos respecto de los procesos de socialización y aprendizaje de género. Un primer tipo de variación ha estado asociado a cambios históricos en los contextos socioculturales en que se han desarrollado y que se expresan en diferencias generacionales entre los campesinos. Otra variación ha estado asociada a las diversas trayectorias de vida condicionadas por su situación de clase. Desde esta perspectiva los hombres campesinos de mayor edad y que se habían formado en contextos patriarcales más tradicionales, tendían a manifestar percepciones y actitudes patriarcales más rígidas en sus relaciones ante las mujeres y que tendían a encuadrarse bajo el calificativo de «más machistas». No obstante, también estos hombres exhibían procesos de modificación en estas pautas, evidenciando cierta toma de conciencia de sus relaciones frente a las mujeres. Esto fue más evidente en campesinos mayores de Puriscal y que se asimilaban más claramente a una configuración de campesinos medios independientes. En el caso de campesinos parceleros del Asentamiento ULIMA, su trayectoria existencial había estado marcada principalmente por su condición anterior de exjornaleros agrícolas.

De acuerdo con las trayectorias de vida recopiladas podríamos identificar y caracterizar algunos escenarios de masculinidad y ubicar algunas trayectorias de vida, considerando la dimensión histórica generacional que contextualiza el desenvolvimiento de la niñez y juventud, junto a la condición social de los hombres estudiados. De este modo, se pueden reconocer tres períodos o fases socioculturales, que han enmarcado significativamente el desarrollo de su masculinidad (el hacerse hombre) a tres generaciones campesinas, tanto en Puriscal como entre los parceleros del Asentamiento ULIMA de Florencia.

Hacerse hombre en un contexto patriarcal tradicional

Puriscal

En esta zona se puede distinguir un período patriarcal tradicional, donde se logra identificar una generación de hombres mayores de 57 años, que vivieron su infancia y adolescencia a mediados de la década de los 50, en el marco de hogares campesinos medios, independientes y que experimentaron un proceso de socialización en un contexto sociocultural rural, de raigambre tradicionalista con esquemas patriarcales arcaicos, rústicos, muy rígidos y autoritarios y que se expresaban también en el ámbito de la comunidad en estructuras de poder local de carácter clientelístico en torno a figuras prominentes, que personalizaban dimensiones de poder político, económico o social. En este contexto un eje importante de socialización por sobre otros espacios o agencias lo constituía la familia, dentro de la cual prevalecía una fuerte presencia del padre. El ejercía un férreo control sobre los hijos, constituyéndose en tutor y guía de los mismos y de modo autoritario y arbitrario los disciplinaba y encuadraba en las obligaciones laborales dentro de la finca o parcela. En general estos hombres experimentaron una escolaridad truncada muy tempranamente, a instancias del padre que los incorpora a la dinámica laboral de la propiedad familiar. El aprendizaje y reconocimiento de su masculinidad transcurrieron desde su niñez, asociados al espacio familiar y comunal, bajo una compleja y unilateral relación con el padre, en que este último tiende a visualizar a los hijos varones como instrumentos valiosos, desde el punto de vista laboral pero donde los lazos de afectividad tienden a ser muy genéricos y poco expresivos. El aprendizaje temprano de su masculinidad pasaba por imágenes y referentes masculinos que descansaban en una gran valoración de la integridad familiar y de los lazos de parentesco, el respeto, la obediencia y sumisión a la figura paterna, junto al designio existencial masculino de un aprendizaje de la masculinidad y la virilidad como una condición que debía alcanzarse y demostrarse socialmente a través del trabajo como sacrificio, endurecimiento y empoderamiento paulatinos, controlando fuerzas naturales y sociales en el marco de la vida familiar y comunal.

Sus aspiraciones como hombre estuvieron ligadas estrechamente con la vida rural. La imagen de madurez cristalizaría en el momento de autonomizarse del ámbito paterno, episodio que se ha vivido, de acuerdo con algunos testimonios, casi como un proceso de liberación de la opresión paterna, saliendo de la casa para tener su propia parcela y su propia familia.

Al interior de las familias tendieron a reproducir los esquemas de vida en que se habían criado con sus padres, ejerciendo un dominio significativo en las diversas dimensiones de la vida como productores, esposos, padres de familia y agricultores.

Asentamiento ULIMA

Entre los parceleros del Asentamiento ULIMA se ha distinguido también, dentro de este primer escenario histórico de aprendizaje de masculinidad, un grupo de hombres mayores de 55 años, que vivieron su infancia y adolescencia en el marco de un hogar de jornaleros agrícolas, y generalmente ubicados en otras regiones del país fuera del cantón de San Carlos. De los testimonios vertidos por estos hombres, se desprende que vivieron en hogares en condiciones de pobreza, con escasa o nula disposición de tierra para desarrollar una gestión productiva más o menos independiente. En el marco de las estrategias y necesidades de sobrevivencia familiar, tempranamente se vieron impelidos por sus propios padres, para incorporarse también a la gestión laboral pero fuera de la parcela o del hogar, como aprendices de peón o jornalero asalariado. En este caso la familia continuaba detentando un control de los hijos hombres pero ahora no como instrumentos de trabajo dentro de la parcela o finca familiar, sino como aportadores de ingresos monetarios o en especie obtenidos fuera de la parcela o del hogar. Si bien la familia ya no juega un papel significativo como espacio de producción y gestión económica ni como un espacio privilegiado de socialización para estos hombres en sus primeras etapas de vida, los lazos de parentesco y las relaciones de obediencia y respeto hacia los padres siguen siendo importantes como referente de los hijos sobre todo para aportar sus ingresos a un fondo familiar. El aprendizaje de la masculinidad también

lo vivieron a través del trabajo pero en las condiciones de asalarimiento y ya no bajo la fuerte tutela y guía del padre, sino bajo la imagen más impersonal del patrón o mandador, que pasa a reemplazar o sustituir de modo simbólico la figura de su padre. En este sentido imágenes orientadoras de sus procesos de socialización primaria, así como la tutela y el contenido patriarcal en las relaciones con sus padres estuvieron más mediatizadas y debilitadas.

De acuerdo con los testimonios antes presentados la infancia y juventud tendieron a vivirse de modo azaroso, en contextos familiares con muchas carencias y en el marco de una vida rural con escasos apoyos y servicios sociales estatales que morigeraran las inclemencias y escasez de oportunidades de vida que enfrentaron estos hombres en su niñez y adolescencia. En estas primeras etapas de su vida, su existencia transcurrió plagada de episodios, tales como tempranas experiencias de desencuentro y desintegración familiar, de abandono, de desamor, de exclusión y humillación junto a la inestabilidad de sus familias paternas.

Dentro de estas experiencias se plasmó, en el marco de los ideales prevalecientes que plagaban el imaginario colectivo masculino rural, la voluntad de luchar por el sustento diario y la forja y concreción de un proyecto de vida dentro del cual tener su propia familia y parcela, resumían en gran medida sus sueños de hombres pobres.

Son hombres que desde muy temprano experimentaron un proceso de socialización, en un mundo caracterizado por la pobreza y la carencia de oportunidades de vida. Con un bajísimo nivel de escolaridad se vieron encuadrados tempranamente en los segmentos de contingentes rurales laborales, infantiles o juveniles insertos en el mundo del trabajo agropecuario, carente de regulaciones y derechos laborales y sujetos al abuso y arbitrio de terratenientes y mandadores. Desde esta perspectiva, su visión familiar se caracterizó por la visión tradicional de dominio y autoritarismo, alcoholismo, violencia y maltrato.

Hacerse hombre en un contexto patriarcal en período de Estado de Bienestar

Un segundo escenario de aprendizaje de masculinidad se reconoce para un grupo de campesinos tanto de Puriscal como del Asentamiento

ULIMA, cuyas edades fluctuaban entre los 37 y 50 años y que tuvieron la experiencia de vivir su niñez y adolescencia entre mediados de los años 50 y 60. Su socialización se desarrolló dentro de un clima de transformación del mundo rural, cuyo eje catalizador sería el despliegue del proyecto socio-político modernizador desde la década de los 50, el que sustentándose en la participación estatal, propendía al desarrollo de un modelo de industrialización sustitutivo, a una diversificación estratégica de su matriz agroexportadora, junto al desarrollo de un sistema político firmemente sustentado en una renovada activación de partidos políticos comprometidos con la gestión electoral. En este marco, elementos significativos de esta socialidad, serían la negociación y la mediación del Estado, el respeto a los derechos humanos, así como la civilidad y el sentido de justicia social principalmente en la constitución y gestión modernizadora de un Estado de Bienestar. Esta gestión en los diversos ámbitos rurales regionales, implicó el desarrollo paulatino de un mundo más urbanizado, con el desenvolvimiento paulatino de una infraestructura de servicios y la cobertura de programas de salud, de educación y la creciente regulación de procesos económicos, junto a una sensibilidad en que devino legítimo el reconocimiento y defensa de los derechos políticos y sociales individuales, así como los procesos de organización para los distintos sectores de productores agropecuarios.

Dentro de esto último, el cooperativismo adquiriría un protagonismo significativo entre pequeños y medianos productores independientes. Junto a una mayor presencia institucional estatal, esta modernización implicó un flujo creciente de bienes y servicios de origen urbano industrial asociados a la expansión del mercado y el desarrollo de los medios de comunicación.

Puriscal

En este clima general los hombres campesinos de Puriscal en su niñez y juventud, experimentaron procesos de socialización, donde además del espacio familiar tutelado por el padre, desempeñó un papel más activo e integrador la educación, con una mayor profusión de la gestión racionalizadora de la escuela. Aunque con tropiezos y dificultades, estos hombres tuvieron la oportunidad

de una mayor escolaridad, que garantizó la alfabetización activa en circunstancias de un proceso general de expansión de una cultura de masas, que se expandía desde los ámbitos urbanos metropolitanos a través de los medios de comunicación radial, la prensa escrita y una red de transporte moderno. En este contexto sin cancelarse en sus contenidos fundamentales los esquemas patriarcales de masculinidad rural, estos hombres experimentaron un proceso de modernización, que no eliminó sino que redefinió el sentido, ya sea de los rasgos arcaicos y residuales del patriarcado con nuevas connotaciones emergentes en las relaciones de género. Estos hombres que experimentaron una mayor escolaridad, alcanzando en algunos casos grados de secundaria en colegios mixtos de carácter agropecuario, han visualizado el mundo y elaborado proyectos de vida como hombres, agricultores y campesinos, a partir de marcos más racionales y de una ética referida principalmente al espacio de lo público, de la civilidad y el reconocimiento de los derechos de todos los individuos. Como parte del campesinado y con una visión de sí mismos de debilidad y subalternidad social frente a otros grupos sociales, estos hombres encontraron, dentro de una compleja red de mayores oportunidades y posibilidades dispuestas desde el Estado, una serie de garantías como subsidios y apoyos para la producción, programas de asistencia social y educación, sistemas de regulación en sus relaciones comerciales, etc. Es decir, han contado con un espacio histórico propicio en el marco de su comunidad, para construir una masculinidad dentro de un sistema de género patriarcal que se ha visto remozado y menos machista.

De los testimonios recabados se puede suponer que las imágenes e ideales que poblaban el imaginario colectivo de esta generación, se han enmarcado en una noción más moderna de hombre proveedor y responsable, que ha asumido el ejercicio de los papeles de jefatura de familia y de organizador de la gestión productiva de la unidad familiar, basada en el logro de una efectividad como hombre, que ha descansado en la apropiación de esquemas cognitivos y de acción de carácter racional para desenvolverse en un entorno cada vez más complejo con el apoyo de una vasta red de instituciones estatales.

Este quehacer estatal proyectado en el ámbito local y regional revistió nuevas relaciones de sentido que implicaron simbólicamente y de forma más impersonal y dentro de nuevas relaciones clientelísticas, un carácter paternal. De este modo es importante destacar la constitución de una identidad individual y social, que de cierto modo conllevaba un sentido de dependencia del Estado. Al respecto debemos tener presente testimonios, que evocaban la imagen del campesino como un niño que requería ayuda para aprender a caminar.

En el aspecto de las relaciones familiares, al interior de sus familias, estos hombres tendieron a manifestar una mayor comprensión de las necesidades de sus hijos y sus esposas y se definieron como «menos machistas», en comparación a como habían sido sus padres con ellos y con sus madres. En el plano doméstico esto ha implicado cierta tendencia a la cooperación en labores domésticas y cuidado de hijos. Eventualmente se comentó que en el colegio habían recibido algún tipo de instrucción general en áreas como «educación para el hogar».

Asentamiento ULIMA

Dentro de los actuales parceleros del Asentamiento se distinguieron algunos hombres con pasado de exjornaleros de 40 a 50 años, que desarrollaron el aprendizaje de su masculinidad en este período y en cuyas trayectorias individuales es posible apuntar algunas observaciones significativas. Al igual que los hombres exjornaleros mayores, estos hombres también son originarios de hogares pobres y también se vieron expuestos a condiciones de inseguridad familiar y social. Sin embargo, tuvieron la experiencia de vivir su infancia y juventud en el marco de este proceso de modernización, que propició una paulatina transformación y reconstrucción de las relaciones de sentido de su vida cotidiana rural. Por lo pronto, tal atmósfera les permitió a estos hombres una mayor permanencia en instituciones educativas públicas, así como la oportunidad de una socialización temprana más diversificada.

En las estrategias de sobrevivencia de la familia tuvieron precozmente que salir a trabajar por decisión de sus padres, como peones o jornaleros rurales asalariados para contribuir con sus

salarios al ingreso familiar. El aprendizaje de género transcurrió en espacios de socialización que se constituyeron con una mayor proximidad al mundo femenino, primero dentro del hogar, donde la madre juega papeles más activos en las estrategias de sobrevivencia y en los procesos de crianza tanto de hijos como de hijas, promoviendo en estos indistintamente de su sexo, la participación activa en el trabajo doméstico. Segundo, porque tuvieron una experiencia escolar mixta, que implicó un proceso de trabajo compartido y reconocimiento recíproco intergenerérico más temprano. Y tercero, porque sus experiencias sociolaborales se desarrollaron en espacios culturales más diversificados y secularizados. Esto, sin duda, contribuyó en ellos a la redefinición de las imágenes masculinas que articulaban sus referentes identitarios.

El carácter eventual de los trabajos y la inestabilidad familiar condicionaron un proceso permanente de alta movilidad geográfica en muchos de estos individuos en su juventud, que supuso procesos migratorios fuera de sus comunidades de origen, llevados por las expectativas de encontrar mejores oportunidades de vida. No fueron ajenas a este deambular juvenil, de jornaleros y trabajadores rurales, las experiencias de traslados por largos períodos a la ciudad, con el correspondiente aprendizaje y vivencias propias de un entorno urbano o el traslado temporal a regiones bananeras en busca de trabajo.

No obstante, ser diferente para estos exjornaleros, el modo como el Estado se constituye en un referente significativo en comparación con los sectores campesinos independientes, es sintomático también en las percepciones de estos exjornaleros, las referencias sobre relaciones y vínculos que por distintos episodios y motivos han tenido con el acontecer de instituciones públicas presentes en el ámbito rural de San Carlos. Aparte de los servicios públicos comunales y sociales generales, se ha destacado cómo estos individuos han tenido experiencias de relaciones laborales para instituciones públicas para las que han trabajado, por ejemplo, por algunas temporadas o a las que han acudido para hacer valer sus derechos o a solicitar la asignación de una parcela. Dentro de esto se ha destacado, por ejemplo, el papel del Instituto Costarricense de Electricidad (ICE) como

empleador de trabajadores rurales para el desarrollo de obras públicas; el Ministerio de Trabajo a través de la Oficina de Inspección del Trabajo; el Ministerio de Seguridad Pública donde eventualmente también han prestado servicios como guardias rurales.

El IDA ha desempeñado un papel significativo en las gestiones que estos exjornaleros venían desarrollando para acceder y constituirse en beneficiarios de algún programa de distribución de tierras estatal.

Sin duda, las necesidades, así como las demandas particulares y específicas que estos individuos han planteado, generalmente han tendido a ser recogidas y procesadas (en especial en períodos electorales) por los partidos políticos mayoritarios, como el Partido Liberación Nacional y el Partido Unidad Social Cristiana, a través de estructuras de poder y de mediación burocrática local, que han implicado mecanismos desmovilizadores.

Con la promesa de dar respuestas a los problemas que aquejan a esta población rural, los diversos partidos políticos han tendido a asegurar las lealtades electorales y políticas de estos grupos de exjornaleros rurales, a cambio de la solución mediatizada de sus problemas con recursos estatales. En particular, de la trayectoria reciente de estos parceleros, se desprende la forma mediatizada en que se han procesado sus demandas de tierras y que han culminado finalmente en la asignación de una parcela como beneficiario del IDA en el Asentamiento ULIMA.

Hacerse hombre en un contexto patriarcal en el marco de un proceso de apertura económica y reestructuración del Estado de Bienestar

Finalmente se puede reconocer un tercer contexto sociocultural para hombres adultos jóvenes, cuya adolescencia y juventud temporalmente ubicaríamos desde mediados de los años 80 en adelante y que como ya se ha descrito, se asocia a las complejas transformaciones económico-sociales y político-institucionales desplegadas en nuestro país y que han apuntado a crear las condiciones de apertura económica y reestructuración estatal para una reinserción competitiva en el sistema económico mundial. Como han señalado algunos autores, tales transformaciones en un

plano general, no sólo están implicando cambios significativos en las estructuras socioeconómicas, sino la configuración de una nueva forma de organización y de sensibilidad social, en donde los anteriores ejes fundantes de la socialidad y la integración social que descansaban principalmente en un Estado benefactor, en forma paulatina son sustituidos por el mercado como expresión casi directa de la dinámica del mercado mundial y por sistemas de valores orientados a la competitividad, la eficiencia individualista, el consumismo acrítico y la degradación de valores históricos y populares (Gallardo, 1994: 67).

En el ámbito rural esto se ha expresado, además de los procesos de reestructuración de los procesos productivos, en una intensificación en los vínculos a un mercado cada vez más complejo, diversificado y globalizado, reforzados por la fuerte integración que desarrollan los medios de comunicación masiva como las radioemisoras y la T.V. La acción intensiva de estos medios consolidan y profundizan la constitución de estas comunidades como segmentos «de consumidores de bienes materiales y simbólicos producidos y comunicados industrialmente» (Brunner, 1991: 36).

En el ámbito de las relaciones de género en el campo, se ha experimentado una mayor visibilización de la familia y la emergencia de un papel cada vez más protagónico de la mujer rural en las respuestas y estrategias de sobrevivencia campesina.

Por otro lado, estas transformaciones y tensiones crecientes en el sistema de género han estado asociadas al desarrollo de iniciativas de defensa y profundización de los derechos civiles de la mujer, promovidas tanto desde el Estado (a través de una amplia red de instituciones públicas) como por organismos internacionales de cooperación y organizaciones civiles femeninas nacionales, que dentro de su quehacer institucional, despliegan la defensa y promoción de la mujer rural (Cazanga, 1995).

Se ha observado por parte de los hombres campesinos mayores, una percepción pesimista respecto de las posibilidades de supervivencia como grupo social con una cultura particular, en la medida que consideraban sus dificultades crecientes para seguir operando en un mercado cada vez más competitivo, con un conjunto de carencias y debilidades socioeconómicas, políticas y culturales

que resultan consustanciales a su condición campesina. Este pesimismo también se condensa ante la consideración externada de que las nuevas generaciones de jóvenes rurales, tienden a manifestar una escasa vocación e interés como agricultor, así como serias incapacidades para desarrollar los atributos necesarios correspondientes a una condición de hombre campesino. Resultan significativas opiniones reiteradas en el sentido de que los muchachos ya no muestran interés en el trabajo (especialmente agrícola) o no desarrollan actitudes o atributos que se consideran necesarios o característicos de una identidad campesina o que manifiestan cierto retraso en su madurez como hombres, cuando se señala que muchachos de dieciocho años en la actualidad se comportan como «güilas».

Esta percepción fue más marcada entre campesinos de Puriscal, que como hemos visto han tenido una trayectoria más definida como pequeños y medianos productores independientes y para quienes la situación de transmisión de sus bienes (especialmente la tierra) a un sucesor confiable para que la mantenga activa, en producción y se constituya así en núcleo socioeconómico de la reproducción de su descendencia, presenta una inmediatez crítica.

Entre los parceleros del Asentamiento ULIMA, tendió a aflorar una cierta comprensión ante esta falta de interés o vocación de la juventud por el quehacer agrícola, destacando la existencia de condiciones reales, tales como el desmejoramiento de las condiciones de vida rural, las dificultades que cotidianamente enfrentan en sus familias para producir y sobrevivir.

Conviene destacar que en ambos colectivos de campesinos adultos, se observó una percepción contradictoria respecto de la evaluación que hacían de las condiciones actuales que deben enfrentar las nuevas generaciones de muchachos para hacerse hombres.

Algunos consideraban que ahora se presenta un marco general de mejores condiciones económicas, técnicas, institucionales y culturales que contribuyen a proporcionar un cuadro general de oportunidades y facilidades para que el joven pueda desenvolverse. No obstante, en el ámbito rural, según ellos, se cuenta con menos estímulos para que los jóvenes desarrollen una disciplina de estudio y puedan optar por mejores niveles educa-

tivos, así como para promover actividades y proyectos orientados específicamente para ellos. Asimismo, se destacaba que la mayor competitividad en el mercado, los menores apoyos institucionales, así como un clima cultural que se visualiza como modas, hábitos y valores asociados a estilos de vida foráneos, consumistas y que son divulgados por los medios de comunicación en el ámbito rural, amenazan constituirse en un factor disgregador de estos grupos juveniles.

A los ojos de los hombres jóvenes de hogares campesinos, junto al deterioro de las condiciones de vida rural, la imagen del campesinado visto en su condición masculina, así como en su condición social se presentan en crisis, con una progresiva desvalorización social, a diferencia de las experiencias que tuvieron los hombres campesinos adultos de generaciones anteriores, para quienes el aprendizaje de su masculinidad se asociaba al trabajo agrícola, la conformación de su propia familia, la adquisición de su parcela y la significación de su papel como productores. Los jóvenes en la actualidad están teniendo oportunidades de vivir otros espacios y procesos más complejos de socialización.

Disponen de condiciones para identificar, percibir otros referentes y desarrollar expectativas distintas a las que tuvieron sus padres y abuelos, así como de oportunidades para el desarrollo de patrones de comportamiento más secularizados y más desapegados de las expectativas del trabajo agrícola. Todo esto vivido de modo contradictorio en un contexto de fragmentación, descomposición y degradación de los valores y factores que en anteriores contextos históricos habían desempeñado un papel fundamental en la cohesión e integración de la comunidad campesina. En esta medida tal situación se ha venido dando simultáneamente a la desvalorización creciente de la imagen del campesinado, así como al deterioro de las condiciones de la vida rural.

4.3 *¿Cómo les gustaría ser o existir a los campesinos de la región de Puriscal y del Asentamiento ULIMA de Florencia de San Carlos?*

En cuanto a las preocupaciones y los males-tares que embargan la percepción campesina acerca de su ser y existir actual, se pudieron

identificar en los hombres campesinos de Puriscal y del Asentamiento ULIMA aspiraciones, deseos y fantasías con referencia a cambios o modificaciones en su ser y existencia en un futuro. Tales aspiraciones para una mejor comprensión se han agrupado en tres grandes ejes: con respecto a su condición de hombre trabajador, de productor campesino y de miembro de una comunidad determinada; en relación con su condición de jefe de familia, esposo y padre; y finalmente con respecto a su condición de ciudadano frente al Estado y a la sociedad.

Aspiraciones con respecto a su condición de hombre trabajador, de productor campesino y de miembro de una comunidad determinada

Como se ha visto, elementos significativos en sus definiciones identitarias masculinas de estos campesinos han sido sus imágenes de trabajador, productor y pequeños propietarios inmersos en la vida de una comunidad rural determinada y en tal sentido preocupaciones comunes advertidas en las autodefiniciones identitarias realizadas por ambos colectivos de hombres campesinos, es el reconocimiento de un sentido de debilidad, de fragmentación de intereses, de subordinación e incertidumbre ante un conjunto de dificultades que amenazan, devalúan y degradan material y simbólicamente estos rasgos centrales de su identidad personal, de género y social. Ante sus tradicionales dificultades e inestabilidades como pequeños productores campesinos en el marco de la sociedad global, hemos visto cómo percibían una agudización de las mismas ante las actuales transformaciones socioeconómicas e institucionales que perturban el mundo rural en el marco de los procesos de apertura, de liberalización económica y reestructuración del Estado.

Tales circunstancias como se ha visto, comprometen un área importante de la elaboración de su identidad masculina y las bases de sustentación de sus poderes y legitimidad como hombre responsable, proveedor, capaz de mantener una familia y de ejercer funciones de jefatura y organizador de las actividades productivas de la unidad socioeconómica campesina. Su trabajo bajo las condiciones actuales de precariedad en su efectividad y capacidad reproductiva de la familia, tiende a presentar,

asimismo, una imagen devaluada ante el mercado y la sociedad en su conjunto. Ligado con el trabajo, los conocimientos prácticos agrícolas de estos hombres campesinos, que han estado asociados a una estructura productiva que ahora resulta socialmente cuestionada, también tienden a perder su significación como base de reconocimiento social y simbólico del campesino frente a los nuevos contenidos, discursos y sentidos predominantes de carácter neoliberal.

En el caso de Puriscal las aspiraciones y los deseos de los hombres campesinos, se plasman en una necesidad de defensa y recuperación de una integridad y significación como individuos y como grupo, a través de iniciativas que tiendan a desarrollar y fortalecer niveles de cohesión social y organización conducentes a lograr una mejor inserción de sus economías familiares en los actuales procesos de modernización. Esto supone la organización para el desarrollo de proyectos de desarrollo rural con perspectivas de sostenibilidad. Tales iniciativas apuntarían a la diversificación productiva, la conservación y recuperación ambiental, iniciativas de financiamiento e integración vertical de los procesos productivos, procesamiento y comercialización, así como la conformación de programas de capacitación y gestión con perspectiva de género. Tales iniciativas podrían contribuir a reevaluar su imagen de productor, de trabajador y propietario de un bien (una parcela o finca) significativo ypreciado como la tierra. Algunos hombres campesinos que estaban en una situación económica más precaria, plantearon su aspiración a tener un ingreso más estable o a disponer de un salario como los trabajadores asalariados de la ciudad y el campo. Es importante esta idea, porque de algún modo hace referencia al germen de una visión crítica sobre un componente profundo de su identidad, como es su condición de productor independiente y las dificultades que enfrentan para disponer de modo continuo de un ingreso.

En el caso de los parceleros del Asentamiento ULIMA, su reciente constitución, junto a su núcleo familiar, como beneficiarios de los programas de distribución de tierras del IDA, ha implicado en ellos el sentido de logro y una experiencia existencial material y simbólicamente significativa en la elaboración de su masculinidad expresada

en su nueva condición de poseedor de una determinada parcela.

No obstante, las nuevas condiciones en que deben ejercer sus papeles como productores independientes, como organizadores, gestores y proveedores para el sustento de la familia, al frente de una parcela familiar, los ha confrontado con un conjunto de nuevas dificultades e incertidumbres derivadas de una participación e inserción inadecuada en el mercado. Como se vio, dificultades con la producción, el financiamiento y la comercialización, vividas en un contexto de aguda especulación y fuerte competencia con sectores empresariales, los llevan a plantear la necesidad y aspiración a organizarse más y mejor, con el fin de negociar mejores apoyos y recursos del Estado, así como para desarrollar mejores planes de producción y de comercialización. Con esto esperarían consolidar su nueva posición y condición de campesinos parceleros, así como también el reconocimiento social y el respeto tanto de otros grupos de la sociedad como de las instituciones estatales.

Aspiraciones en relación con su condición de jefe de familia, esposo y padre

A este respecto los hombres campesinos, en especial los mayores, evidenciaron más claramente un proceso de reconocimiento de su posición de dominación y autoridad que habían ejercido en el transcurso de su vida familiar sobre los miembros de su familia, tales como su esposa, hijos e hijas.

Como ya vimos, habían experimentado y reproducido en su propia vida familiar los esquemas autoritarios que habían vivido durante su niñez con sus propios padres. Destacaban especialmente los hombres campesinos de la zona de Puriscal, que en el seno de su vida familiar se habían comportado muchas veces con sus seres queridos (esposa e hijos) con arbitrariedad, que habían sido «autoritarios», «exigentes», «infieles», «distantes», «poco afectuosos» y muy poco comprensivos de las necesidades de los otros. Sobre esta base se rescataron, por parte de estos campesinos algunos planteamientos referidos a que ahora como hombres mayores se han venido a dar cuenta de esta forma de ser que habían

tenido y que les gustaría ser ahora mejores padres, más comprensivos y cariñosos con sus familias y más abiertos al diálogo. Un factor que de cierto modo subyace en la explicación de tales actitudes según algunos, ha sido su falta de educación para desenvolverse con la gente.

El grupo de campesinos participantes en el taller en Puriscal destacó como aspiración particular contar con mejores condiciones para llevar una vida sana, contar con servicios de atención médica y acciones para combatir el alcoholismo y tabaquismo que experimentan muchos hombres en las comunidades de la zona, así como la tendencia creciente de drogadicción en jóvenes de la comunidad y que son elementos que contribuyen a reforzar la disgregación que se presenta en la vida familiar y deteriora aún más su calidad de vida.

En el marco de la frugalidad de la vida campesina, de la continuidad permanente de la rutina del trabajo agrícola, del deterioro económico y empobrecimiento que viven muchos campesinos, algunos manifestaron el deseo de tener recursos suficientes para cumplir algunas aspiraciones largamente postpuestas y que consideraban que «eran deudas con uno mismo». Se pudo detectar como una aspiración sentida el descanso, el ocio, las vacaciones, el paseo a la playa o la adquisición de un carro. Congruente con su autoimagen de hombre proveedor, en muchos de ellos poblaban su imaginación, el deseo de disponer de recursos para hacer regalos y brindar satisfacciones a sus seres queridos. Sin duda, la concreción de estos anhelos, les representaría una suerte de reevaluación de sí mismos ante los ojos de su familia y la colectividad. Esta idea, en general, es bastante congruente con los significados y valores que tienen los bienes por su valor simbólico y objetivo en la condición masculina.

En el caso de los parceleros del Asentamiento ULIMA y en el marco de su vida cotidiana dentro del asentamiento, donde la condición de conyugalidad ha sido un factor significativo para su calificación como familias beneficiarias, los hombres evidenciaron cierta parquedad a la hora de precisar e identificar de modo explícito aspiraciones y deseos relacionados con su condición de jefe de familia, esposo y padre. No obstante, subyace una preocupación que de modo indirecto afloró y tiene

relación con la necesidad de aprender a desarrollar mejores formas de comunicación con la esposa, los hijos y las hijas para mejorar la calidad de la convivencia familiar y, en particular, la enseñanza de los hijos, aspecto que fue señalado como una situación preocupante para ellos, en virtud de los cambios que se producen en los estilos de vida a nivel de las comunidades y que promueven en los jóvenes comportamientos proclives al ocio y la irresponsabilidad, así como una actitud contestataria hacia sus mayores, lo que se evidencia según ellos, en que la «juventud se dedica más a la vagancia». Otros hechos que abruma a estos hombres con respecto a los jóvenes fueron los casos recurrentes de embarazo en muchas adolescentes y el consumo de drogas.

Ante estas circunstancias en que viven los jóvenes se expresó cierta comprensión en la medida que, por un lado, se comprende lo poco atractiva que resulta la actividad agrícola y, por otro, el hecho, según ellos mismos lo externaron, de que los mismos adultos no los toman en cuenta en proyectos de desarrollo comunal, no les prestan atención o los excluyen de otras iniciativas comunales cuando no los manipulan como consumidores, vendiéndoles licor y drogas. En esta medida se planteó como una aspiración muy concreta, la toma de conciencia por parte de los adultos, ante las particulares necesidades de los jóvenes, así como la puesta en práctica de iniciativas de desarrollo orientadas de modo más específico a estos grupos de población.

De las aspiraciones planteadas por ambos grupos de hombres con respecto a su condición de jefes de familia, esposos y padres se podría señalar la presencia de un cierto desarrollo de una conciencia crítica de género, donde los contenidos de estas aspiraciones reflejan y prefiguran algunos rasgos emergentes en su propia identidad actual y que en cierto modo implican una modificación en el contenido de las pautas e imágenes referenciales masculinas tradicionales en que anteriormente se habían socializado.

Aspiraciones y deseos con respecto a su condición de ciudadano frente al Estado y a la sociedad

Otro ámbito significativo de preocupaciones y aspiraciones manifestadas por los campesinos



estudiados, fue la conciencia de su desvalorización tanto a nivel individual y grupal frente al Estado y otros sectores de la sociedad, así como el debilitamiento de su significación como actor social tanto en el plano económico-productivo como en un plano social. En este sentido se percibe el desarrollo de una brecha social entre ricos y pobres, donde los pequeños productores campesinos tienden a quedar más rezagados dentro de estos procesos de modernización.

Fue claro el reconocimiento del creciente empobrecimiento que experimenta un grupo mayoritario de campesinos dentro de una creciente competitividad y polarización social, situación que tiende a coartar los lazos de solidaridad que tradicionalmente han sido un elemento consustancial a la cultura de pequeños y medianos productores familiares campesinos. En esta línea de reflexión se señaló como una aspiración deseable el deseo de disponer de más recursos y mejores condiciones económicas, así como el tiempo suficiente para ayudar a la familia en diversas actividades dentro de la comunidad.

Hay una cierta conciencia de un creciente proceso de atomización y fragmentación social, que amenaza la integridad de su vida comunal y existencia social, en primer término frente a un mercado que visualizan plagado de tendencias

inciertas y comportamientos especulativos; en segundo término frente a un sistema institucional público que perciben que los discrimina en provecho de atender las demandas de los «grandes productores» y los «ricos» y, finalmente, frente a un sistema de partidos y líderes políticos que continúan interpellándolos y considerándolos una masa electoral posible de ser manejada con mecanismos clientelísticos.

Frente a este cúmulo de dificultades y amenazas que les presenta el entorno, había cierto sentimiento de impotencia por no poder enfrentarlas adecuadamente, lo cual les genera un sentido de desazón y fatalismo. Todos como individuos tenían una aspiración que era vivir felices y esto supondría vivir con tranquilidad en contraste con la situación actual que experimentan, de una vida cruzada por incertidumbres en que su propia imagen masculina individual y colectiva experimenta un deterioro objetivo y simbólico. No obstante, estos hombres campesinos consideran que un factor fundamental para remontar estos obstáculos, lo constituye el desarrollo y la participación activa en organizaciones que cada vez tiendan a representarlos con más autonomía.

V. Conclusiones

Se ha destacado la comprensión de la identidad masculina campesina como una construcción sociocultural inserta en un cuadro de relaciones de fuerza configuradas en el plano económico, social, político y cultural dentro de coordenadas espacio-temporales definidas. Las transformaciones económico-sociales y político-institucionales conducentes a la apertura económica y reestructuración estatal para una reinserción competitiva en el sistema económico mundial, conllevan la configuración de nuevas formas de organización y de sensibilidad colectivas.

Formas que se enlazan a un mercado cada vez más globalizado, así como en torno a nuevos sistemas de valores orientados a la competitividad y la eficiencia individualista. Particularmente en el ámbito rural estos nuevos esquemas de socialidad también confrontan las pautas de masculinidad que tradicionalmente habían prevalecido entre los hombres campesinos.

Los intensos procesos de transformación

sociocultural a que vienen siendo sometidos estos grupos rurales en sus comunidades, condicionan y conflictúan de manera diversa su desempeño en los diversos espacios sociales en que transcurre su ser y existir, tales como la familia, la comunidad local, el mercado y su interacción frente al Estado, los que constituyen referentes fundamentales frente a los cuales los hombres campesinos elaboran sus identidades y subjetividades de género.

Los poderes de los hombres campesinos para decidir, organizar y administrar dentro de la unidad socioeconómica familiar sus recursos tales como su propia fuerza de trabajo y la de su familia, la tierra, vegetales, animales, instrumentos, conocimientos y recursos simbólicos resultan cada vez más mediatizados e inestables si se consideran las condiciones concretas de existencia social planteadas por el avance de la modernidad, los procesos de apertura económica y la reestructuración del Estado. Sin duda, su condición de jefatura dentro del ámbito familiar, sustentada en un conjunto de capacidades reales o imaginarias tales como su capacidad de recompensa, de coacción, de prescripción de conductas, de constitución referencial aceptable y de competencia se han visto conmovidas profundamente al calor de estas transformaciones societarias y del protagonismo y visibilización crecientes de la gestión femenina para enfrentar las dificultades de reproducción de las unidades familiares campesinas. En particular, el reconocimiento político-jurídico más extensivo de los derechos civiles de las mujeres, hijos e hijas, sin duda ha acotado los poderes masculinos de dominación y coacción, cuestionando las bases de legitimidad del poder de género de estos hombres, en que usualmente se han sostenido los procesos de construcción de su masculinidad.

Por otro lado, estos hombres campesinos en el marco de sus experiencias, aprendizajes, interpretaciones y sentimientos elaborados a partir de sus interrelaciones cada vez más complejas con el mercado y el Estado, construyen su masculinidad a partir de una identidad social inestable, vertebrada por una percepción crítica compartida negativa de sí mismos como colectivo, que subraya su desvalorización y subalternidad dentro del conjunto de la sociedad. No obstante, se advierten los indicios de una conciencia crítica y de una voluntad proclive a superar estas carencias y dificultades, por la vía

del desarrollo de estrategias que contemplan la organización y capacitación para garantizarse una reinserción más competitiva en el mercado, su participación autónoma y efectiva como ciudadanos, y el desarrollo de un tejido de relaciones sociales más solidarias y plenas en el marco familiar y local.

Frente a la desvalorización creciente de las imágenes tradicionales de una masculinidad campesina individualista, «machista», dependiente y subalternizada, paulatinamente, y con el avance de la modernidad, de una forma contradictoria y no sin conflictos vienen emergiendo nuevos imaginarios colectivos en torno a la masculinidad campesina: unos, productos de la influencia del mercado, apuntan a una visión individualista competitiva, segregadora y excluyente. Otros, prefiguran de modo paulatino el anhelo de una reestructuración identitaria individual y colectiva campesina que sustentada en valores como la solidaridad, la integridad de las personas, la equidad de género y la autonomía se plantea a través de la organización, la educación y la capacitación, su constitución como grupo de hombres y mujeres esforzados por construir nuevos empoderamientos y ciudadanías conducentes al fortalecimiento tanto de su dignidad individual como de su estima social.



BIBLIOGRAFIA

- Badinter, Elisabeth. **XY La Identidad Masculina**. Alianza Editorial. España: 1993.
- Brunner, J.J. y Gomáriz, E. «Modernidad y Cultura en América Latina». **Cuadernos de Ciencias Sociales**. N° 46. FLACSO. 1991.
- Cazanga S., José D. **Costa Rica: Ajuste Estructural y Economías Campesinas**. Convenio Escuela de Sociología, UNA-CECADE. 1993.
- _____. **Costa Rica: Los Programas de Ajuste Estructural y las Mujeres Campesinas. Las Situaciones de San Carlos, Península de Osa y Puriscal**. Convenio UNA-CECADE. 1995.
- Cazés, Daniel. **Masculinidades, Géneros y Derechos Humanos**. Curso de extensión docente. Polig. Escuela de Psicología. Fac. de Ciencias Sociales, UCR. 1996.
- De Barbieri, Teresita. «Sobre la Categoría Género. Una Introducción Teórico-Metodológica». En **Fin de Siglo. Género y Cambio Civilizatorio**. N° 17. Ediciones de las Mujeres. Isis Internacional. Santiago. Dic. 1992.
- Gallardo, Helio. «Actores Sociales, Movimiento Popular y Sujeto Histórico en la América Latina de la Década de los Noventa». En **América Latina. Resistir por la vida**. Ed. DEI-REDLA. 1994.
- Garretón, M. y Espinoza, Malva: «¿Reforma del Estado o Cambio en la Matriz Sociopolítica?» En **Modernización, Democracia y Descentralización**. Memoria IV Congreso Chileno de Sociología. De La Nación. Julio de 1993. Santiago.
- Gilmore, D.D. **Hacerse Hombre. Concepciones Culturales de la Masculinidad**. Primera Edición. Paidós Básica. Barcelona. 1994.
- Giménez, Gilberto. «Paradigmas Teórico-Metodológicos en Sociología de la Cultura». **Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales**. N° 155. UNAM. México. 1994.
- Lagarde, M. **Identidad de Género**. Curso ofrecido en el Centro Juvenil «Olof Palme», Managua, Nicaragua. 25 al 30 de abril de 1992. Doc. Polig.
- _____. **Género en Desarrollo**. Apuntes Curso Taller. Fac. Ciencias Sociales, UNA. Comité Nacional Género y Desarrollo Sostenible. 8-12 de agosto de 1994.
- Lugo, Carmen. «Machismo y Violencia». **Revista Nueva Sociedad**. N° 78. Caracas. 1985.
- Martín Baró, Ignacio. «Acción e Ideología». **Psicología Social desde Centroamérica**. UCA Editores. San Salvador. 1988.
- Mora, Jorge. «Costa Rica: Economic Aperture and Changes in the Electorate Options and in the Political Representation of Rural Family Householders». **International Review of Sociology**. Vol. 6. N° 1. University of Rome. 1996.